

# COGIDOS EN LA TRAMPA

ALFONSO DE COSSIO

ES indudablemente un lugar común el señalar la inmensa influencia publicitaria de la televisión, que diariamente invade nuestros hogares, penetrando, a través de los ojos y de los oídos, hasta los más recónditos rincones de nuestros cerebros, utilizando con la mayor eficacia la imagen sugestiva y la "cuña" bien sonante. Tal vez sea ella la culpable de que nuestro régimen de gobierno haya llegado a ser una efebocracia, no catalogada por Aristóteles: aquí sólo los guapos tienen porvenir político, para los feos, en cambio, se reservan los sindicatos. Con dificultad podemos sustraernos a los efectos arrolladores de esta alud de palabras vacías: "habla, pueblo, habla, y no dejes que nadie lo haga por ti...". Y hemos llegado a creémoslo.

Pero lo verdaderamente asombroso ha sido que estos sutiles medios de seducción, dirigidos al votante anónimo, hayan conseguido influir de modo decisivo en todos los flamantes "jefes" de la supuesta oposición que hasta ahora han pasado por la piedra de la pequeña pantalla. Todos nos predicán las mismas cosas, en un plausible certamen dirigido a demostrar que cada uno es más moderado que todos los demás. Se diría, a través de sus mensajes, que lo que nos prometen es que nada va a cambiar aquí, que todo va a seguir lo mismo que antes. Y yo me pregunto, después de escucharles, ¿para qué entonces este derroche de las elecciones con su voto directo y secreto?

REALMENTE he de confesar mi admiración política por "los hombres del presidente". Han conseguido hacernos creer en la existencia de una peligrosísima derecha, representada por Alianza Popular: "Votadme a mí, no sea que vaya a venir Fraga con López Rodó", y lo que es todavía más difícil, que ellos estén a la izquierda de esa derecha. Diariamente nos visitan ministros de los más diversos lugares, que se pasan de nuestra madurez, de lo sensatos que somos, del milagro que estamos llevando a cabo: la cuadratura del círculo, un sistema autoritario que por propia voluntad se convierte de la noche a la mañana en democrático. Nos dan unos golpecitos en la espalda, y nos dicen: son ustedes formidables, este espectáculo con el que han sorprendido al mundo carece de precedentes en la Historia. ¿No tenemos motivos para estar orgullosos de nosotros mismos? ¿Dónde encontrar mejor capitán?

LO que dota de mayor prestigio a un candidato es el haber ostentado un alto cargo en el régimen que hoy creemos superado: es persona de confianza, fue un ministro que esperaba la hora de la democracia para revelarnos su verdadero ser. En provincias basta con un subsecretario o con un director general... ¿no es esto una verdadera garantía? Vote al Centro, porque ello supone, al mismo tiempo, el patronato de USA, el ingreso en el Mercado Común, la OTAN, nuestros hermanos los árabes, el Tercer Mundo... ¿quién podía soñar tanta ventura? ¡Hasta el Este lejano se nos presenta preñado de promesas, deseoso, nada menos que de obtener nuestra ayuda técnica! Vote al Centro, porque aun en el caso de que todos estos bienes fuesen poco, y las cosas empezasen a torcerse, siempre tendría la posibilidad de unirse con Alianza, para poder luchar

eficazmente contra la corrupción que tanto repugna al parecer a algunos de sus jefes.

NO dejemos perder la ocasión, disponemos de hombres que han demostrado una capacidad de adaptación que llega hasta límites insospechados. Yo recuerdo al criado de la comedia de Molière, que unas veces aparecía vestido de jardinero, otras de pinche de cocina, algunas de ayuda de cámara, en ocasiones de auriga..., los personajes eran siempre distintos, pero quien se mudaba a cada momento de traje era siempre el mismo criado de Harpagon. Nos han convencido a todos, hasta han convencido a algunos jefes de la oposición, ¿no hay motivo para asombrarse?

LOS electores, naturalmente, están desconcertados y no saben a quién votar, porque todos los programas que se nos ofrecen parecen idénticos: yo confieso que no sabría distinguir entre el regionalismo de Fraga o de Alvarez de Miranda y el federalismo de Ruiz-Giménez, mientras no me explicara cada uno de ellos qué poderes políticos, administrativos y económicos estaba dispuesto a ceder a las regiones y qué parcelas habían de reservarse al poder central; claro está que las mismas palabras empleadas por distintas bocas pueden tener una distinta significación, pero, ¿cómo adivinarla si todos eludimos las definiciones concretas? Queremos unas Cortes constituyentes, y todavía nadie nos ha explicado cómo concibe la nueva Constitución.

SEGUIMOS atanzados por el fantasma del miedo, las Cortes futuras se nos presentan como un banquete en un restaurante de cinco tenedores, al que todos los invitados deben presentarse correctamente vestidos para no desentonar y nadie se atreve a exponer con claridad su último pensamiento. Sólo la confianza que nos merezcan las personas podría servirnos de orientación en el momento de elegir, pero es el caso que con nuestra pintoresca legislación electoral, en un país en el que no existen arriba de dos o tres partidos políticos que merezcan el nombre de tales, para votar a una persona que nos satisfaga, tenemos que aceptar a treinta y una que de nada conocemos.

LOS largos años de oposición clandestina habían configurado en cierto modo a los grupos políticos que lucharon por la democracia hasta imponerla, por la vía pacífica, a los más refractarios: a través del diálogo aprendieron todos ellos a transigir sus diferencias, comprobándose que era perfectamente posible que hombres de la más distinta procedencia, clase o ideología, llegasen a entenderse y a respetarse. Por otra parte, las prisiones, las torturas, los gravísimos riesgos, tuvieron en todos ellos una función purificadora. A través de las rejas de la cárcel, me decía uno de mis defendidos: "Nunca sería yo capaz de hacer con ellos lo que ellos han hecho conmigo". La clandestinidad fue para todos no una fuente de resentimiento, sino una verdadera escuela de liberalismo, porque todos aprendieron a escuchar a los demás, a comprender las razones de cada uno.

CIERTAMENTE que muy pocos de estos hombres de la verdadera oposición democrática tendrán acceso a los escaños de las futuras

Cortes, porque ignoraban el arte de la intriga y el deporte de la "escalada"; habían luchado por la libertad y hecho posible la democracia con su esfuerzo arriesgado y anónimo, habían padecido por ella, pero nada tenían que hacer en esta fiesta preparada por otros comensales. Pero si queremos que este ensayo general de democracia que estamos presenciando tenga alguna utilidad para nuestro país, se hace preciso que en ella puedan sonar todas las voces, que los acuerdos que se adopten sean, no tanto la imposición de una mayoría, como el resultado de un diálogo que tienda a arbitrar las fórmulas capaces de alcanzar un mayor consenso.

ESTA y no otra es la tesis liberal en los modernos tiempos, y no, como algunos piensan, la defensa a ultranza de un liberalismo caduco, que entre nosotros tiene, además, los pies de barro, ya que se funda, no tanto en la producción de riqueza, como en la especulación y en la usura. Estoy convencido de que todo intento de constituir partidos interclasistas está condenado al fracaso, porque la contradicción de intereses es tan radical, que difícilmente podría ser superada dentro del estrecho marco de una asociación política; no sé, por otra parte, el peso que los partidos auténticamente proletarios puedan llegar a alcanzar en las futuras Cortes; pero lo que me parece indudable es que representan los intereses de una parte inmensa del pueblo, y que si el resultado de los comicios no les permite participar directamente en la elaboración de las medidas de gobierno, si nos vemos condenados a seguir viviendo al servicio de una oligarquía, todo propósito democratizador quedará frustrado, a pesar del aval que, gratuitamente, nos ofrecen las potencias extranjeras.

LA libre iniciativa es necesaria para la buena marcha de una sociedad, y esta es la tesis que defendemos los liberales, pero, ¿qué libre iniciativa cabe dentro de un mundo en el que las grandes concentraciones de capital, con sus prácticas de monopolio, anulan la personalidad individual e incluso pueden llegar a convertir, y vamos camino de ello, a nuestro país en una colonia sojuzgada a los más sucios intereses? La función del liberalismo moderno no puede ser la de aspirar a constituir una mayoría, sino, simplemente, en servir de mediador entre las diferentes clases, de freno y acicate a un tiempo dentro del proceso del cambio, un catalizador que permita superar esas contradicciones de las que la sociedad actual adolece.

¿EN dónde están los liberales? Desde luego, en ninguna de las listas que hoy se ofrecen al electorado español, pero nuestro pueblo tendrá que volver a coitar con esta exigua minoría, que durante los años difíciles consiguió que todos los hombres de la oposición aprendieran a escucharse entre sí, instaurando en sus relaciones un principio de recíproco respeto. Estoy seguro de que, por otra parte, cuando los actuales paladines de la violencia sean objeto de represión, tendrán que buscar a los liberales para que defiendan sus derechos humanos, como lo hicieron en su día otros hombres, y sólo entonces podrán comprender los profundos valores que encierra esta doctrina, que algunos creen trasnochada. ■